

IV.

REINADO DE CARLOS II.

EL PADRE NITHARD: LA REINA MADRE: VALENZUELA:

DON JUAN DE AUSTRIA.

¿Quién puede determinar nunca cuál es el último grado de la escala del engrandecimiento de un imperio, y quién puede decir: «este es el postrer escalon de su decadencia, y de aquí no descenderá ya mas?» Por precipitada y rápida que esta sea, las naciones que han llegado á ser muy poderosas tienen una distancia necesaria que recorrer desde la cumbre de su grandeza hasta el abismo de su ruina. Por eso la caída de los grandes imperios se semeja siempre á un estado de agonía mas ó menos prolongada y lenta. Por eso tambien, aunque en los últimos tiempos de Felipe IV. parecia haber llegado la monarquía de Carlos V. al último período de su caimiento, todavía le faltaba venir á mayor postracion. No podia ni pronosticarse ni esperarse otra cosa de los elementos que quedaban dominando á la muerte de aquel monarca.

En nuestro discurso preliminar habíamos dicho: «Un rey de cuatro años, flaco de espíritu y enfermizo de cuerpo, una madre regente caprichosa y terca,

toda austriaca y nada española, entregada á la direccion de un confesor aleman y jesuita, inquisidor general y ministro orgulloso; con un reino estenuado y un enemigo tan poderoso y hábil como Luis XIV., ¿qué suerte podía esperar á esta desventurada monarquía?»

Nada mas natural que el aborrecimiento del pueblo español á la reina regente y al confesor Nithard, y que este pueblo volviera los ojos al hermano bastardo del rey; porque al fin don Juan de Austria, con no ser ni un genio para la guerra, ni una capacidad para el gobierno, ni un ejemplo de virtudes, ni un dechado de personales prendas, era la persona de mas representacion que habia quedado en España; y por su buena edad, y por los cargos que habia desempeñado, y por ser hijo del rey, y por enemigo de la reina madre y del inquisidor aleman, y como apreciado de la grandeza, parecia el único que pudiera reanimar la monarquía y sacarla de su desfallecimiento y de su letargo. ¿Cómo correspondió don Juan de Austria á estas esperanzas del pueblo?

Firme y enérgico se mostró en un principio en su lucha con la reina y con el confesor, prefiriendo el destierro de Consuegra al gobierno de Flandes; constituyéndose en vengador del infame suplicio de Malladas, y de la ruidosa separacion de Patiño; proclamándose el reparador de los escándalos de la corte; haciéndose el gefe natural del partido español contra las in-

fluencias austriacas, y el eco del odio popular á la madre del rey y al jesuita aleman su favorito. Su carta á la regente desde Consuegra al huir de la prision que le amenazaba, revelaba un hombre de corazon y de nervio, lleno de justo enojo, capaz de grandes y atrevidas resoluciones, y decidido á ejecutarlas. Cuando luego se vió al fugitivo de Consuegra partir de Barcelona con gruesa escolta en direccion á la córte, ser recibido con aclamaciones en Zaragoza, allegársele allí nueva gente de armas, acercarse en esta imponente actitud á tres leguas de Madrid, y exigir imperiosamente desde Torrejon la pronta salida de España del P. Nithard, intimidóse la reina, esperanzáronse sus amigos, turbáronse sus contrarios, y temieron unos, y confiaron otros, y creyeron todos que era hombre capaz de trastornar el gobierno y erigirse en árbitro de la monarquía.

Salió pues de España el confesor jesuita, befado y escarnecido, y casi apedreado del pueblo, sin pena de los mismos jesuitas españoles, y solo llorado de la reina. Como rival y enemigo del inquisidor, ha triunfado el bastardo príncipe; se ha vengado; ha satisfecho su amor propio. Como hombre de gobierno, exige reformas y economías; la reina le teme, accede á todas sus pretensiones, inclusa la creacion de la *Junta de Alivios*, y le asegura su cumplimiento con la garantía del papa. ¿Qué faltaba á don Juan para hacerse dueño del reino, regirle á su placer, dirigir al rey

menor, y llenar las esperanzas y deseos que generalmente se habian en él fundado? Amigos y enemigos, en gran número aquellos, en corto éstos entoncés, todos le estaban viendo entrar en Madrid, y la córte se hallaba en una angustiosa expectativa. Pero vióse con sorpresa al hombre amenazador y exigente de Torrejon retroceder primero á Guadalajara, retirarse despues mansamente á Zaragoza, y quedar mandado sin contradiccion la reina madre. ¿Qué fué lo que produjo tan súbito cambio en don Juan de Austria? El príncipe para cuya ambicion parecia no bastar un cetro, que se habia presentado como un Anibal á las puertas de Roma, dió por satisfecha su vanidad con el vireinato de Aragon, besó humildemente la mano de su real enemiga, y regresó dócil á regir una provincia de la monarquía española en nombre de la reina alemana.

Si él creia en el horóscopo de Flandes, y el horóscopo de Flandes le habia avivado la ambicion, anunciándole que estaba destinado para grandes cosas, ¿qué le impidió intentar un golpe de mano sobre Madrid, y acaso aprovechar la ocasion de ver cumplido el vaticinio astrológico? Apoyábale el favor popular; Cataluña y Aragon le guardaban la espalda; aclamado habia sido en su viage; favorecíale la opinion de los consejos, de las ciudades y de los preladós á quienes se habia dirigido; eran sus amigos la mayor parte de los nobles; el papa y su nuncio no eran afectos á la

regente; el confesor salió desterrado; llena de espanto estaba la reina; sin tropas de guarnición la corte; y la guardia *Chamberga* que se creó para resistirle, se organizó trabajosamente y con universal repugnancia. Con tantos y tan propicios elementos no tuvo resolución don Juan para penetrar en la corte, librar á España del aborrecido gobierno de la regente, y ser proclamado como libertador del reino; y prefirió volverse á Aragón á gestionar desde allí con el papa para que privara al jesuita Nithard de los títulos y empleos que aun conservaba, en vez de darle el capelo que pretendía. Semejante conducta daba la medida de los pensamientos y de la capacidad del de Austria. ¿Podía este hombre ser el regenerador de la desfallecida monarquía?

Casi aun no había fijado su planta don Juan en Aragón, cuando ya campeaba en palacio un sucesor del P. Nithard en el favor y en la prianza de la reina. Este no era ni religioso, ni confesor, ni inquisidor, ni jesuita. Era un jóven aventurero, agraciado, decididor, resuelto, galante, poeta, que de page de un grande había pasado sucesivamente á adlátere del confesor, á galanteador de una camarista, y á confidente de la reina. La nueva privanza creció y se mantuvo llevando el favorito y oyendo la regente los chismes, las murmuraciones y las intrigas de la corte contra la madre del rey. El título de *Duende de Palacio* fué el primero con que bautizó la voz popular al

jóven Valenzuela por su habilidad en ejercer esta especie de indigno espionaje. Hasta los valimientos degeneraban ya, y se iban degradando.

Vióse luego al *Duende* subir rápidamente á introductor de embajadores, á primer caballero, á marqués de San Bartolomé de Pinares, á caballero mayor, á primer ministro, á marqués de Villasierra, á Grande de España, á embajador de Venecia, á general de la costa de Andalucía, á todo lo que quiso y podía ser encumbrado. ¡Si al menos el improvisado poderoso hubiera guardado los deberes del decoro, y las prescripciones del recato y del pudor!! Pero aquellas divisas de que hacía jactancioso y pueril alarde en los torneos, aquellos lemas de los *Amores reales* y de *Yo solo tengo licencia*, motes mas imprudentes que verdaderos, ¿qué habían de producir sino pasquines como el de *Esto se vende* y *Esto se da*, señalando el uno á los empleos, el otro al corazón de la reina?

Y con todo eso, los magnates al principio tan resentidos, los cortesanos que tanto le aborrecían, los ociosos que tanto murmuraban, los poetas que tantas sátiras escribían, el pueblo laborioso que tanto se lamentaba, cuando observaron que el *Duende* era el dispensador de las mercedes, el distribuidor de los títulos, el repartidor de los empleos y dignidades, todos iban quemando incienso en las aras del nuevo ídolo, todos se iban agrupando en torno suyo, los unos

por alcanzar pingües sueldos, los otros en busca del lucro de las magníficas obras que emprendía, los menos interesados porque los gustaba asistir de valde á los teatros, donde daba entrada gratis cuando se representaban comedias suyas. Así trascendía la degradación de los monarcas á los validos, de los validos á los magnates, de los magnates al pueblo. Y solo cuando veían que no había puestos elevados ni empleos lucrativos para todos, volvían los desairados, que eran muchos, á conspirar contra el favorito, á poner otra vez los ojos en don Juan de Austria, á traerle de nuevo á Madrid, á introducirle en palacio, á proponerle al rey el día que entraba en su mayor edad para su primer ministro.

Pero toda aquella trama, que parecía tocar á su término, se deshace como el humo al débil soplo de una muger. La reina habla á su hijo. Don Juan recibe orden de volverse á Aragon. Sus parciales se reúnen y murmuran, pero no obran. Al siguiente día, el general de los ejércitos de Nápoles, de los Países Bajos, de Cataluña y de Portugal, el que había rehusado el gobierno de Flandes y el vireinato de Sicilia por no salir de España, el destinado por el horóscopo para grandes cosas, el aclamado en Cataluña, en Aragon y en Madrid, el querido del pueblo, el protegido de la nobleza, el presunto regenerador de España, emprende otra vez el camino de Zaragoza, místio, pero no resignado, abochornado, pero sin re-

nunciar á sus proyectos, lleno de pesadumbre, pero devorado de la misma ambición.

Alimentada ésta por aquel pueblo generoso, amparo casi siempre de los perseguidos por los monarcas, y ahora justamente indignado contra la reina y el valido; confederados despues los magnates de la córte, y hasta las señoras de la primera grandeza, y juramentados todos para derrocar el poder de la reina madre y del privado Valenzuela; fugado el rey de su propio palacio á deshora de la noche, como un niño que se escapa del colegio por huir de la férula de su maestro; llamado otra vez por todos don Juan á Madrid para conferirle el poder como el único redentor y salvador del reino, por tercera vez se presenta el de Austria en las cercanías de la córte con grande aparato; pero no entra; pide desde allí que le sean apartados todos los estorbos; y todo se le allana: y la guardia chamberga se aleja; y la reina madre es enviada á Toledo; y Valenzuela se esconde; y suceden las escandalosas escenas de su prision en el Escorial; y se le encierra en un castillo; y el rey espera á su hermano bastardo con los brazos abiertos; y grandes, y prelados, y nobles, y pueblo, todos aguardan á don Juan de Austria con hosannas y festejos que le tienen preparados. Y cuando ya no hay obstáculo que le detenga, ni estorbo que le embarace, entra don Juan en Madrid, y empuña las riendas del gobierno que tanto ambicionaba.